

NECROLOGIA *

LUIS SECO DE LUCENA PAREDES

(2 junio de 1901-21 marzo 1974)

EN las últimas horas de la tarde de ayer —21 de marzo— se nos fue suavemente, como si hubiese querido evitarnos el trance de la despedida, este querido amigo y compañero de tantos años, y hoy, tras el último adiós en el cementerio de la roja colina, me pongo a escribir estas líneas, aún bajo la honda impresión de esos postreros momentos y en uno de los días iniciales de primavera más fríos, oscuros y tristes que recuerdo.

Cuando en el anterior volumen de esta misma revista, de la que él fue cofundador y director durante diecisiete años, intentaba yo trazar su semblanza con motivo de su jubilación académica¹, en modo alguno sospechaba que en páginas tan próximas hubiese de anunciar su desaparición a los lectores de

* Téngase en cuenta el retraso en la publicación de la revista con referencia a esta nota necrológica.

¹ Darío Cabanelas, ofm., *Luis Seco de Lucena y su obra*, en MISCELÁNEA DE ESTUDIOS ARABES Y HEBRAICOS, XX (1971), pp. 7-43. Al Profesor Cristóbal Torres Delgado se debe una semblanza biobibliográfica de nuestro compañero, que lleva por título, *El Profesor Seco de Lucena y su huella en la Historia Medieval*, en "Cuadernos de Estudios Medievales" (Granada, 1973), I (Homenaje al Prof. Seco de Lucena), pp. 105-127.

Miscelánea, pues, no obstante transparentarse ya ligeros síntomas de la grave dolencia que había de llevarlo al sepulcro, su agilidad, su contagioso entusiasmo y su capacidad de trabajo parecían alejar toda perspectiva de un desenlace a corto plazo.

Conocí a Luis Seco de Lucena allá por el mes de abril de 1944, cuando yo cursaba todavía mis estudios en la Universidad de Madrid y él llevaba ya algo más de un año ocupando su cátedra en la Universidad granadina. Me deparó tal oportunidad un viaje de estudios a Marruecos, organizado conjuntamente por las Secciones de Filología Semítica de Madrid, Barcelona y Granada, aunque, a última hora, nuestros compañeros de la Ciudad Condal hubieron de retrasar el viaje por motivos que ahora no recuerdo. A los alumnos de Madrid nos acompañaban don Emilio García Gómez y don Francisco Cantera Burgos, mientras con los de Granada iban, además de Luis Seco, don David Gonzalo Maeso, don Antonio Palomeque y la siempre insustituible Joaquina Eguaras.

Cuando una década más tarde me incorporaba yo como catedrático a la Universidad de Granada, e incluso a lo largo de los dieciocho años de convivencia con Luis Seco, tanto en la Facultad de Letras como en la Escuela de Estudios Arabes, siempre tuve la impresión de que en nada había cambiado aquella primera imagen que de él me había formado durante nuestro viaje por tierras de Marruecos: como proyección de un físico inconfundible, en el que apenas dejaba huella el paso de los años, aparecía su alegre vivacidad, su talento organizador y su siempre despierta curiosidad científica.

Nacido el 2 de junio de 1901, y tras cursar sus estudios de bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de Granada, el 23 de diciembre de 1923 obtenía el Premio Extraordinario de Licenciatura en nuestra Facultad de Filosofía y Letras, coronando los estudios superiores con la defensa de su tesis doctoral en la Universidad de Madrid el 21 de julio de 1941. No mucho después —el 4 de diciembre de 1942— obtenía por oposición la Cátedra de Lengua Árabe y Árabe Vulgar de la Universidad de Granada, y el 30 de enero del año siguiente se le confiaba también la Dirección de la Escuela de Estudios Arabes, dependiente

del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, cargo que desempeñó hasta el momento de su jubilación académica, siendo nombrado entonces Director Honorario de la misma.

Como proyección de su actividad universitaria, y aparte las diversas conferencias pronunciadas en Centros nacionales y extranjeros, representó a España en el XII Congreso de Orientalistas reunido en Bonn (julio-agosto de 1952) y formó parte de la Representación española en el XXIII Congreso Internacional de Orientalistas celebrado en Cambridge (agosto de 1954) y en el Congreso Internacional de Filosofía Medieval organizado por la Universidad canadiense de Montreal (agosto-septiembre de 1967), siendo también entusiasta promotor de las Sesiones de Cultura Hispano-Musulmana celebradas en Granada (1962), Córdoba (1963), Madrid (1964) y Valencia-Murcia (1965).

En 1958 se le concedió una Beca de Estudios de la Fundación "Juan March", y al año siguiente obtenía el Premio "Luis Vives", para investigación histórica, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Miembro de la Real Academia Provincial de Bellas Artes de Granada desde 1951, y Correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid a partir de 1959, era Comendador de la Orden Mehdauía, y poseía la Encomienda de Número de la Orden de Alfonso X el Sabio y la Orden del Mérito de primera clase de la República Árabe Unida.

Sus dotes de organizador, ya anteriormente aludidas, lo llevaron a desempeñar otros diferentes cometidos, como la Asesoría para el Servicio de la Enseñanza de la Alta Comisaría de España en Marruecos (1939-1940), la Secretaría del Patronato de la Cátedra "Manuel de Falla" de la Universidad granadina (1962-1971) y la Secretaría de la "Comisaría del Festival Internacional de Música y Danza de Granada" (1962-1972).

No obstante lo dicho, la faceta que reflejaba más cumplidamente la personalidad del Dr. Seco de Lucena era sin duda su curiosidad científica, ya señalada, y su constante afán de investigación, incluso por encima de su vocación docente, como él mismo decía, pocos meses antes de su muerte, cuando un reportero le preguntó si echaba de menos su cátedra: "En absoluto. Siempre me ha gustado más la investigación que la enseñanza". Precisamente, a esto se debía el que —en contra de lo que nor-

malmente suele ocurrir— hubiese aceptado su jubilación académica sin el menor asomo de nostalgia, e incluso con satisfacción y alegría, ya que así podría disponer de todo su tiempo para ultimar diversos trabajos en fase de elaboración.

En la semblanza científica aludida al principio de estas líneas he procurado reducir a unidad la múltiple y rica variedad de temas objeto de su especial atención a lo largo de sus treinta años de labor investigadora, partiendo de lo que yo considero como la célula base y el germen vital, así en la temática concreta como en el desarrollo orgánico de casi toda su producción. El punto de partida de esa trayectoria, que habría de seguir a todo lo largo de su vida, lo constituyen algunos documentos arábigo-ganadinos, a los que se irían agregando nuevas piezas hasta formar una rica y variada colección, en cuya edición, traducción y estudio nos muestra un abanico de insospechadas posibilidades para esclarecer un período tan oscuro en la historia del Islam peninsular como es el de la Granada *naṣrī*, y ello, tanto en lo que atañe a su elemento humano como a su estructura político-social, su moneda y economía, su derecho y costumbres, su toponimia, etc.

Tal es la razón de escribir entonces que, “para Luis Seco de Lucena, y no obstante sus incursiones por otros campos del Islam peninsular, el invariable punto de mira a lo largo de sus treinta años de constante y fecunda labor, ha sido siempre Granada, y, sobre todo, la Granada *naṣrī*, cuya historia, con ser reflejo del período más próximo a nosotros entre los que integran la existencia del Islam español, aparecía sensiblemente oscura y cargada de sombras”, dada la extremada penuria de fuentes escritas, especialmente a partir de mediados del siglo XVI, con la desaparición de Ibn al-Jaṭīb, último gran historiador del Islam andaluz. Pero “es precisamente esta situación la que confiere todo su valor e importancia a la amplia y variada colección de documentos arábigo-granadinos de esa época, estudiados en su conjunto por Luis Seco de Lucena, documentos que vienen a suplir en cierto modo esa extremada penuria de fuentes y nos muestran la fisonomía, aún incompleta, pero auténtica y vital, de la Granada *naṣrī* durante el último siglo de su existencia musulmana”

Más, si eso escribía yo con motivo de la jubilación académica de nuestro compañero en 1971, cuando él pensaba ilusionadamente entregarse por entero a sus investigaciones preferidas, muy pronto los velados síntomas de su mortal enfermedad venían a confirmar, una vez más, aquello de que “el hombre propone y Dios dispone”. Confieso que desde entonces subió de punto mi admiración hacia aquel hombre, que, no obstante el avance progresivo de su implacable dolencia, siguió trabajando con renovado entusiasmo hasta las mismas vísperas de su muerte, limitándose a dictar o grabar en cinta magnetofónica, cuando ya sus dedos no podían sostener la pluma y, menos, pulsar las teclas de su máquina.

A este propósito, resulta profundamente significativa su declaración al periodista anteriormente aludido, cuando aquél se admiraba de que en tales circunstancias todavía continuase escribiendo: “No he perdido el buen humor, la resignación, el amor al trabajo ni mi amor a Granada”. En efecto, el buen humor, tal vez sólo se ausentó momentáneamente de sus labios, cuando ya la débil lámpara de su vida estaba a punto de extinguirse; sin embargo, nunca dejó de acompañarle la más ejemplar resignación. De su amor al trabajo y a Granada son testimonios fehacientes los escritos de su última etapa, entre los que podemos destacar, “El poeta José Zorrilla y Granada” —recientemente aparecido— “Historia de los sultanes de Granada”, “La Granada nazari” y “El problema de la ciudad artística y Granada”, actualmente en prensa.

Sirvan pues, estas líneas, apresuradas, pero hondamente sentidas, para fijar el recuerdo del amigo y compañero que se nos fue en un día oscuro y triste de la primavera granadina, como si la ciudad se hubiese vestido de luto para dar su último adiós a quien tanto se había desvelado por esclarecer su rica y gloriosa historia.

Darío Cabanelas, ofm.